

## DESCUBRIMIENTO DEL VALLE DE ABURRÁ. LA CAMPAÑA DE DON JORGE ROBLEDO

---

Robledo levantó las tiendas pasado el 24 de agosto, día de San Bartolomé, que fue la razón de haber bautizado el Valle de Aburrá con el nombre de aquel cananeo (...)

Germán Suárez Escudero

Después de fundar las ciudades de Anserma y Cartago, en 1541 don Jorge Robledo emprendió la conquista de Antioquia acompañado por un importante cuerpo de capitanes y soldados que sumaba ochenta y cuatro personas, treinta de ellas a caballo.

De espaldas a Belalcázar, Robledo se lanzó en su empresa de establecer un gobierno propio, bien alejado de Popayán pero también de Cartagena, aprovechando la oportunidad que tenía de poner en sus filas gente experimentada, curtida de andar por las vertientes caucanas que se extienden desde Supía y Támesis hasta Buriticá y Peque, sin contar la región de Urabá, por haber venido en dos expediciones que, tiempo atrás, habían salido de Cartagena con destino a Cali; la de Juan Badillo, llamada de los cartagineses, en 1538, y la de Graciano y Bernal, en persecución de la primera, al año siguiente.

*El equipo conquistador.* Entre los personajes importantes que se alistaron en esta correría, se contaba Juan de Frades, uno de los oficiales más distinguidos en las huestes de Badillo, brillante como el capitán Francisco César y el geógrafo Pablo Fernández, compañeros suyos que habían muerto en la provincia de Cori, sobreviviente con Martín Yáñez Tafur de los desafíos que debieron enfrentar como precursores de la conquista de Antioquia. También se alistó aquí Jerónimo Luis Tejelo, un muchacho entusiasta y lleno de vigor, que había dejado junto al mar su puesto de soldado del gran Pedro de Heredia y relataba con ardor sus experiencias por los territorios del norte, poniendo dramatismo en los cuadros de muerte, sangre y pillaje que presenció; además, el padre Francisco de Frías, capellán, único sacerdote conocido de los cuatro que se dice acompañaron a Badillo en su expedición, muy celoso de la administración de los sacramentos y de la celebración de los oficios en todas las festividades de primera clase; Pedro Cieza de León, muy jovencito aún, llamado a ser uno de los cronistas más respetables del descubrimiento y la conquista de América; Juan Bautista Sardela, escribano de profesión, y otros.

Un presagio feliz le daba en esta oportunidad a Tejelo el tercer lugar en importancia, pues compartía con Diego de Mendoza la jefatura de la caballería, debiendo seguir de cerca a Robledo y al segundo capitán o alférez general, en este caso Alvaro de Mendoza, que iba llevando la insignia hispánica. Juan de Frades y Pedro de Matamoros eran jefes de la gente de a pie; Sardela, cronista oficial; Francisco de Cuéllar, corneta, y Antonio Pimentel, encargado de los perros. Había también cocineros, enfermeros, remendones y herreros. Además, por el cronista fray Pedro Simón, tenemos noticia de algunos indios que perdieron la vida en Arma a manos de sus coterráneos por venir al servicio de los españoles, principalmente como relacionistas o intérpretes, y de varios negros que hacían de acémilas llevando a la espalda soldados heridos o enfermos. Aparte de los caballos y los perros, los principales instrumentos de guerra eran: escaupiles, morriones, celadas borgeñotas, rodelas, colleras de hierro, puñales, espadas, ballestas, arcabuces y mosquetes.

El trabajo de buscar. *Siguiendo el curso del río Cauca, la expedición llegó a la provincia de Sinifaná, donde había varios pueblos indígenas, entre ellos, el pueblo del algodón, Titiribí; el pueblo de las peras, Amagá, que peras llamaron inicialmente a los aguacates, y el pueblo de la Sal,*

*igualmente conocido por los nombres de Murgia, Guaca y Heliconia. En esta población, los peninsulares hicieron una pausa de varios días, invitados por el cacique de la localidad, muy pacífico y generoso con ellos. Mientras tanto, algunos soldados se internaron curiosamente por un camino que los llevó a un alto de la cordillera y, desde allí, vieron una depresión inmensa que se hundía con el paisaje tras una barrera de montañas, no siendo posible evidenciar si se trataba de un mar, un valle o un abismo de proporciones misteriosas. Con grande emoción, sin imaginar que se habían adelantado a una importante conquista, los peones anónimos regresaron al campamento para darle noticia al capitán.*

Queda claro que no fue estando en Murgia, muy a pesar del cronista que hizo esa anotación, y como puede comprobarlo cualquier parroquiano de esa localidad, que *los expedicionarios vieron una depresión* que los llenó de curiosidad.

*La dicha de encontrar.* Un brillante día de la segunda semana de agosto, don Jorge Robledo comisionó a Jerónimo Luis Tejelo para que descubriera el velo de esa región y, al día siguiente, veinte hombres de pie é doce de a caballo tomaron el camino estupendo del alto de Las Cruces, que hacía recordar los caminos del Cuzco, y tal como se había anunciado, contemplaron un dilatado territorio que la fragosidad interpuesta no permitía identificar bien, pero que, de todas formas, era una provincia desconocida.

Un paso adelante por la vertiente de la quebrada Larga marcó el principio de la empresa conquistadora entre nosotros. Siguiendo ese curso hasta encontrar la quebrada Doña María, en el punto que hoy se conoce como El Salado, sobre la carretera que de San Antonio de Prado conduce al Astillero, los descubridores vieron que el camino subía con la montaña en la misma dirección que habían dejado atrás, empezando aquí con unos tajamientos en la roca a manera de escalones, que despertaron interés y entusiasmo en toda la tropa, principalmente en Diego de Mendoza, quién venía muy atento a todos los pormenores de la ruta. A la vista el Valle de Aburrá. *Tras una corta ascensión, Tejelo y sus hombres tuvieron a la vista, como premio de montaña a su proeza épica, el paisaje espectacular, primoroso y espléndido del Valle de Aburrá, con la brisa y el colorido crepuscular que les ofrecía el alto del Barcino. Como queriendo saludar, o tal vez rogando por los indios, unos copos de neblina se alzaban*

*inquietos por debajo del horizonte. Cuesta abajo, siguiendo el curso de la quebrada Altavista, la continuidad del camino extraordinario que ha desafiado el tiempo hasta nosotros, en Buga, la vereda más escondida de Medellín, esperaba a los expedicionarios para llevarlos a cierta población que alcanzaba a divisarse en la llanura; mas, como era tarde y ya se ocultaba el sol, resolvieron pasar la noche en la falda de la montaña, para volver sobre sus pasos muy de madrugada.*

Cieza de León dice: *pasando de este pueblo* (Murgia) hacia el oriente, está el Valle de Aburrá; para ir a él se pasa la serranía de Los Andes muy fácilmente y con poca montaña y aún sin tardar más que un día. Se confirma así la venida de los descubridores por el camino indígena de Belén burlando el curso de la quebrada Doña María, que estuvo en servicio hasta la construcción de la carretera por la vía de Itagüí y San Antonio de Prado. El doctor Uribe Ángel dice que este trayecto entre Heliconia y Medellín es de un poco más de cinco leguas, cuando Diego de Mendoza, al primer golpe de cálculo, le había señalado seis leguas.

*El gran encaramiento.* Pasada la noche en lo más secreto posible, desde muy temprano los descubridores lograron su objetivo de llegar a la llanura de lo que hoy es Belén. Apenas había salido el sol, cuando los aborígenes alcanzaron a divisarlos y se pusieron a la defensiva tocando tambores y bocinas con estruendosa algarabía. Pronto se juntaron *fasta mil indios*, según expresión del cronista Sardela, que vinieron al camino y, cerrándoles el paso, los enfrentaron intempestivamente sin dar lugar a la menor explicación. Con invocaciones a los santos, los españoles se vieron en una pelea que inicialmente los humilló.

El gran riesgo de perderse en que estaban, con seis compañeros heridos y dos caballos muertos, les hizo sacar valor para defenderse y aguantar tres horas de batalla, ganar predominio, adueñarse del pueblo, convertirlo en cuartel general y encerrar, en su recinto empalizado, a todos los indios que se dejaron coger.

*Tejelo se posesiona.* Después de aposentar los heridos y dar instrucciones sobre lo que debía hacerse, Tejelo despachó dos jinetes en dirección a Murgia con la recomendación de seguir fielmente el camino por donde habían venido, para darle noticia a Robledo y pedirle que viniera

pronto a ayudarlos. Una tensa calma y un espíritu de indulgencia fueron el sello primero de la tarde, cuando los españoles se acomodaron para descansar y tomar algún refrigerio.

Al inspeccionar los bohíos para buscar oro y recoger armas, los peninsulares hicieron cuenta de la comida almacenada, así de maíz *para más de dos meses* como de frisoles y otros alimentos, y de los animales domésticos, entre los que había perros de monte y curíes en criaderos especiales. Y, también, por qué no, de las muchas indias jóvenes y bien acuerpadas, que, a fin de cuentas, tenían en sus manos.

*Otra vez a la carga.* Esa misma tarde, cuando la normalidad parecía envolverlo todo, un escuadrón de *fasta tres mil indios*, armados de arpones, flechas, hondas y macanas, asedió el pueblo con ostensible furia. Afanosamente, mientras se ajustaban los escaupiles, los españoles hicieron cuenta de ocho caballos y de los heridos que debían quedar acompañados, de suerte que, a lo sumo, serían veinte los efectivos en pie de lucha. Los indios no entendieron las invocaciones a la Virgen que los forasteros hicieron cuando se echaron la bendición y salieron a pelear por segunda vez ese día.

Los jinetes, el conjunto ecuestre, su rara agilidad, en lo que muchos indios veían una sola pieza sobrenatural y fantástica, tal vez obra del demonio, que se movía con los cascabeles puestos por adorno en el pretal de los caballos, permitió, con la ayuda de los perros, ponerlos en retirada y perseguirlos una legua en dirección al sur, con resultados fatales para algunos, en una acción que duró noventa minutos.

Al anochecer, los españoles vieron la manera como agonizaban *con gemidos lastimeros*, muchos indios que, colgándose en distintos lugares, de los cabellos o con los maures, se habían suicidado por ahorcamiento. En el mismo recinto del pueblo descolgaron dos que todavía no habían muerto. Esta macabra determinación de unos, hizo que otros abandonaran su solar nativo, para irse lejos a vivir en los montes.

*Llega el Capitán.* Pronto, en el término de dos días, don Jorge Robledo atendió el llamado de su teniente, se apersonó de los heridos, se aposentó junto a ellos y se ingenió el apaciguamiento general de los natura-

les, por medio de algunos que le servían de intérpretes, hasta lograr que vinieran libremente a traer comidas y servir de distintas formas en el Real, nombre que daban los españoles al campamento o cuartel general donde se instalaban.

*El pueblo de Cuerqui.* Después de tener asegurado el control de los aborígenes, lo primero que hizo don Jorge Robledo fue encomendarle a Juan de Frades la inspección del piedemonte oriental del Valle de Aburrá, más allá de *las sierras*, que no eran otras más que los cerros Nutibara y Volador vistos desde el extremo occidental. Esta comisión le permitió a Frades hacer el descubrimiento de Cuerqui, primer pueblo de nombre conocido en toda la región, curiosamente oculto por 450 años en las páginas de nuestra historia, de donde tuvimos el privilegio de sacarlo a flote.

En la crónica de Sardela puede verse: Desde esta provincia (occidente de Medellín) el capitán envió con cierta gente de pie a Juan de frades a que tornase a pasar las sierras (para) que viese ciertos pueblos (de) que tenía noticia estaban sobre el río (al otro lado, en las vecindades del río); el cual fue e dio con el pueblo llamado cuerqui e trajo algunas piezas (indios de esa localidad) de los cuales el capitán se informó de la tierra, que le dieron larga duración della (detallada información de la importancia del pueblo) que estaba sobre el río y que, dejado en abandono poco después por los aborígenes, pasaría a conformar el rico emporio de guaquería de los asientos viejos, allí donde estuvo el cementerio de San Lorenzo.

*Y ansí mismo envió a Diego de Mendoza, con ciertos de a caballo a la ligera, a que subiesen a una cordillera de zabana* (alto de Mazo por Enciso) que estaba de la otra banda de un río (el Aburrá) de por medio de aquel valle". De esta cita se desprende que Mendoza recibió el encargo de inspeccionar el valle de Rionegro, como efectivamente lo hizo, con la desilusión de no encontrar comunidades importantes para la empresa conquistadora, y también, que el pueblo desde donde Robledo estaba dirigiendo las operaciones, se localizaba en la banda occidental, muy apartado del río.

*El día del descubrimiento. Esta provincia se llama en nombre de los indios de Aburrá y le pusimos por nombre valle de San Bartolomé, aquí estovimos quince días.*

Estos quince días terminaban el 25 de agosto, de donde se desprende que el descubrimiento se realizó el día 10, según otra afirmación de Sardela, que dice: “e se partió de aquella provincia de Aburrá, otro día después de San Bartolomé”.

San Bartolomé, el día de este apóstol, es el 24 de agosto, que se tomó para bautizar este valle y dar por terminada la campaña en él. Esta solemnidad supone la celebración de una misa en acción de gracias y una tarde holganza para despedirse.

El doctor Emilio Robledo dice: *Robledo levantó las tiendas pasado el 24 de agosto, día de San Bartolomé, que fue la razón de haber bautizado el Valle de Aburrá con el nombre de aquel cananeo (...)*. Vida del Mariscal Jorge Robledo, pág. 124. Levantar las tiendas era recogerlas para irse.

Valle de Aburrá, valle de San Bartolomé, adiós, valle querido. *Al reemprender la marcha que culminaría con la fundación de la ciudad de Antioquia en la Navidad que se aproximaba, los peninsulares dejaron en los indios el recuerdo ingrato de sus rostros poblados de pelo, que, ocultándoles la boca y realizándoles el fulgor de sus ojos claros, los llenaba de espanto y abatimiento; se llevaron, en cambio, la impresión asustadora de aquel suicidio múltiple que protagonizaron los naturales la noche de su llegada. En otro orden de cosas, no es aventurado creer que esta campaña dejó sembrados los primeros genes del mestizaje en el Valle de Aburrá, de igual manera que dejó su influencia cristiana en las creencias religiosas de los nativos.*

A poco de abandonar el Valle de Aburrá, los descubridores llegaron al puente de Bejucos (puente de Pescadero sobre el Cauca), y allí, en un desesperado lance con los indios, murieron Juan de Torres y Pedro de Mucientes, y otros dos se dieron por desaparecidos. Más adelante, cuando celebraban una misa por los cuatro, apareció en el campamento Juan de Bustamante, que era uno de los últimos.

*Apellidos de los descubridores del Valle de Aburrá.* Robledo, Tejelo, Aldana, Alvarez, Amoroto, Avendaño, Barahona, Barrionuevo, Barrios, Bocanegra, Bustamante, Bustos, Cieza, Cuéllar, Enríquez, Eras, Frades, Frías, García, Gómez, Hernández, Lepe, Maldonado, Márquez, Martín,

Matamoros, Medina, Mendoza, Miranda, Mucientes, Navas, Ordóñez, Palencia, Pérez, Pimentel, Ramos, Rodríguez, Sánchez, Sanmiguel, Sardela, Torero, Torres, Vallejo, Villacreces, Yuste, Zúñiga.

Robledo y Tejelo desaparecen. *Después de la fundación de la ciudad de Antioquia, en 1542 Jerónimo Luis Tejelo acompañó a don Jorge Robledo hasta el golfo de Urabá, donde ambos personajes cayeron en manos de don Pedro de Heredia, quien les arrebató el oro y las provisiones que llevaban. Puestos en libertad, Robledo se fue para España dejando a Tejelo encargado de sus asuntos en Cartagena. Cuando Robledo regresó y fundó la villa de Santafé, a orillas del río Tonusco en 1546, nombró a Tejelo capitán de la población. Los rastros de este valiente soldado se pierden al tiempo que don Jorge Robledo muere vilmente ajusticiado en territorio caldense, el 5 de octubre de ese año.*

*Francisco de Frías, primer sacerdote en el Valle de Aburrá.* Por muchos testimonios sabemos que el padre Francisco de Frías era un vigoroso y cumplido sacerdote muy entregado a su ministerio, que acompañó a don Jorge Robledo en todas sus correrías, hasta la fundación de la ciudad de Antioquia, y, más tarde, hasta a la loma de Pozo donde murió el Mariscal. Como capellán de Badillo en la penosa expedición que transitó desde Cartagena hasta Cali en 1538, este Francisco de Frías celebró la fiesta de La Purificación, a orillas del río Tigre, impuso la Santa Ceniza y conmemoró la muerte y Resurrección del Señor en los montes occidentales de Buriticá. Más adelante, ya en la expedición de Robledo, había celebrado, entre muchas otras, la festividad del Espíritu Santo, y bautizado, en la región de La Pintada, una localidad aborigen que llamó Pueblo de la Pascua, primer toponímico cristiano del interior de Antioquia.

El descuido de Sardela, de no registrar la celebración de la primera misa del Valle de Aburrá, tiene dos explicaciones: la primera, que los descubridores no sospecharon el surgimiento de Medellín, y la segunda, que las liturgias eran deberes de cumplimiento muy rutinario.

Arriba y abajo, en el marco de este descubrimiento, los días de San Lorenzo y de San Bartolomé estaban prescritos como festividades muy importantes. Tanto, que desde el día anterior su celebración se iniciaba con muy estricta vigilia. Además, en 1541, después del domingo 14 de agosto,

tuvimos la gloriosa Asunción de la Virgen, días en que todo sacerdote celebraba el santo sacrificio, y, en este caso particular, se cumplían dos años de la fundación de Anserma, primera conquista de don Jorge Robledo.

Más adelante, desde el momento mismo de la fundación de Antioquia, Francisco de Frías se desempeñó como cura de la ciudad, y cuando Robledo viajó a España, el 8 de enero de 1542, lo dejó allí como cabeza visible de la Iglesia. Por acuerdo del 15 de junio de 1543 del adelantado Sebastián de Belalcázar, este sacerdote entró a servir la Iglesia de Arma siendo así el primer cura nombrado para estas vecindades por una autoridad competente.